

El traje nuevo del Emperador

Nadie se atreve a decirle al poderoso que le huelen sus pedos. Es característico de aquellos miembros de la grey que alta gracia esperan. Tragar para medrar. Sigue siendo común en esta democracia consolidada el creer que si no es con enchufe, no se alcanzará el objetivo deseado. Y cuando el río suena, ya sabes, agua o piedras lleva. Afortunadamente, siempre se podrá luchar contra eso, y no faltarán valientes que así lo hagan. No obstante, no abundan. Como en las Matemáticas y su Historia. A modo de anécdota, tenemos un razonamiento estándar que se les plantea a nuestros estudiantes en los primeros cursos para ver si son capaces de encontrar el error al deducir que la unidad y su opuesto son iguales: $1 = 1 \times 1 = \text{Raíz}(1^2) \times \text{Raíz}(1^2) = \text{Raíz}((-1)^2) \times \text{Raíz}((-1)^2) = i \times i = i^2 = -1$, donde “i” es la famosa unidad imaginaria (¿recuerdas?, ese número tan raro que su cuadrado vale -1). Observa que, por un lado, nada anómalo es extraer la raíz cuadrada de un cuadrado para que todo quede igual, y por otro, que los cuadrados de 1 y de -1 son la misma cosa. Pero como está claro que 1 y -1 son distintos, algo erróneo hay en el razonamiento anterior... ¡que no es tan elemental! De hecho, este gazapo que se da en ese razonamiento fue usado en alguna ocasión por Leonard Euler, uno de los grandes de las matemáticas, ¡y no se atreverían sus contemporáneos a corregirlo! ¿No encontraban el error o temían corregir a Dios? Ya saben ustedes aquello de Agamenón y su Porquero, y es que el rey es mucho rey como para decirle que a él también le huelen sus pedos, tanto como al que más. Y así nos va la vida: de desfile en desfile, con modelos que cada vez son menos modélicos pero incapaces de ser señalados desde el público, salvo que aparezca algún pequeñajo que se lo haga saber... ¡en mitad del espectáculo!

Y claro, no faltarán aduladores que afeen la conducta del niño. Algunos incluso acudirán a su bisoñez como causa del comportamiento. Es más, habrá quienes no lo reconozcan como su paisano, inmerecido espectador de un desfile digno sólo para los amancebados del buen señor. Sí, esa es otra de las características del apaniaguado inmerso en la masa: justifica la ignominia del prójimo, pues “no era necesario ese comportamiento, ya sabemos cómo funcionan las cosas..., ¿va venir ahora éste a cambiarlas?, ¡algún interés tendrá!” Y efectivamente, el rey fue el primero en descubrir su desnudez.

Fecha: 15/03/2016

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL